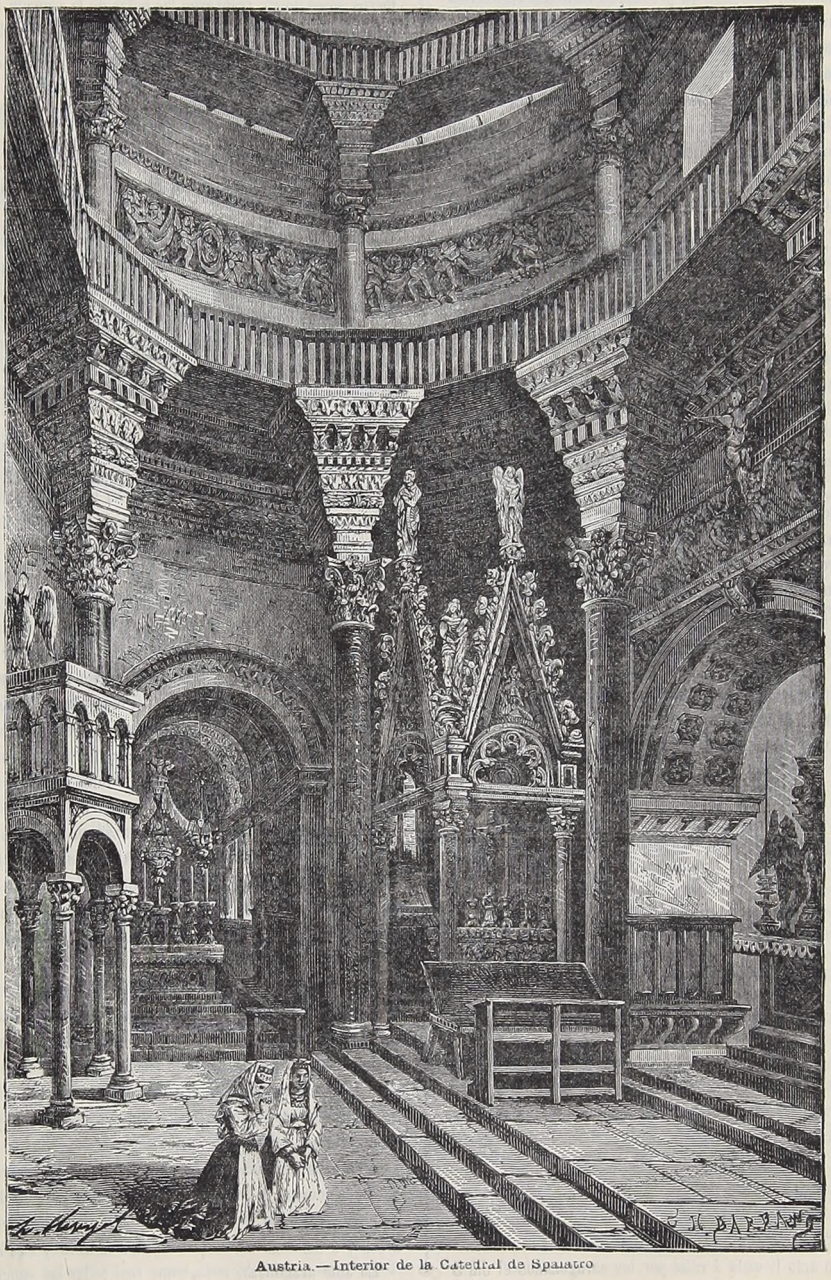
EL

ALBUM DE LA MUJER

ILUSTRACIÓN HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORA, CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER

TOMO VIII. MEXICO, 29 de Mayo de 1887. NUM. 22.



Austria.—Interior de la Catedral de Spalatro

AMERICANOS DISTINGUIDOS.

D. Manuel M. de Peralta.

El buen concepto que las Naciones europeas empiezan á formar de los pueblos americanos, débese al acierto de los Presidentes de estas Repúblicas en la elección de sus Ministros en el Extranjero.

El Ministro de Costa Rica en París está poniendo muy alto el nombre de Centro América. El Sr. Peralta, del cual vamos á trazar á grandes rasgos un boceto biográfico, es uno de los costarricenses más notables. Dotado de facultades extraordinarias para las bellas letras, la oratoria y la diplomacia, empezó á figurar siendo muy joven, desempeñando en Europa elevadas misiones que su patria le confió.

Su exquisita finura, su conversación erudita, sin rebuscamiento, y su discreción, que es el primer talento del diplomático, le han proporcionado grandes simpatías, tanto en Europa como en América. Su amor al estudio le ha hecho frecuentar las mejores bibliotecas, habiendo su prodigiosa memoria convertido su cerebro en valioso archivo.

Habladle de lo menos conocido, preguntadle al azar, y pronto sus enciclopédicos conocimientos os darán satisfactoria respuesta, con tono modesto.

El Ministro de Costa Rica en España y Francia, es actualmente el más joven de los diplomáticos de la América latina. Nació en Cartago (Costa Rica) en el año de 1847. Empezó su carrera diplomática en 1871, siendo nombrado secretario de la Legación de Costa Rica en Francia; más tarde fué Encargado de Negocios en Londres; fué á Italia en 1874, encargado de una misión confidencial cerca de S. S. Pio IX; representó á Costa Rica en el Congreso Geográfico de París en 1875, y fué de Ministro á Washington en el siguiente año.

Asistió en Mayo de 1879 al Congreso del Canal Internacional, presidido por el ilustre Fernando de Lesseps, y no ha cesado de prestar sucesivamente diferentes servicios á su patria.

Los gobiernos de los países que ha visitado le han distinguido con honrosas condecoraciones. Los círculos científicos y literarios le han concedido títulos y diplomas envidiables.

Este eminente centro-americano es corresponsal de las Sociedades Geográficas de New York, París, Madrid y Bruselas; miembro de las Academias de la lengua, de la Historia de Ciencias Políticas y Morales en Madrid, y de la de Bellas Letras en Sevilla.

Ha publicado varios libros, que son muy estimados en los círculos doctos.

Entre sus obras recordamos las siguientes: *Costa Rica, Nicaragua y Panamá en el siglo XVI, El rio San Juan de Nicaragua, La República de Costa Rica, su clima y sus recursos, Colombia desde 1573 hasta 1881* y otras.

Este erudito literato es políglota, y sorprende la perfección con que habla y escribe los múltiples idiomas que ha estudiado.

El nuevo Ministro de Costa Rica es muy digno de representar á tan culta Nación.

Francisco de Paula Flaquer.

ABEN-JOT.

ORIGEN DE LA JOTA ARAGONESA.

I

Con robusta y potente voz y con acento lleno de arrogancia y valentía, el Royo del arrabal, allá en la ribera del Gallego y en el dia 5 de Marzo, dejó, hace ya muchos años, oir la siguiente copla:

«De noche fué acometida
Zaragoza la inmortal,
Y tardó tanto en vencer
Como tardó en despertar.»

Conocedor yo del heroico acto llevado á cabo por los zaragozanos el dia 5 de Marzo, y de la derrota de Cabañero, que esta popular copla recuerda, en vez de pensar en la letra, pensé en la música que oía; y de pensamiento en pensamiento, ocurrióseme el de inquirir, de las personas que conmigo estaban, la procedencia y origen de la Jota.

A pesar de ser aragoneses cuantos me rodeaban, ninguno, sin embargo, pudo satisfacer mi curiosidad; porque si bien todos eran instruidos, y todos, sin casi, muy amantes de la gloria de su país, como quiera que los cronistas de Aragón, y entre ellos Zayas, Abarca, Dormer y Zurita, que son los que más extensamente han tratado la historia aragonesa, nada dicen sobre el particular, nada tampoco supieron decirme mis amigos.

Uno de ellos, sin embargo, después de mucho tiempo de haber visitado muchos archivos, desentrañando muchos códices y revuelto un sin fin de polvorientos legajos, me remitió unas cuartillas que decían:

II

En el último tercio del siglo XII, ó sea por los años mil ciento sesenta y tantos, un árabe llamado Aben-Jot, compuso una canción, que muy pronto fué, por todos y en todas partes, y con insistente saciedad, cantada y repetida.

Valenciano su autor, las floridas y fértiles orillas del Turia fueron los primeros sitios donde resonaron las notas de la canción de Aben-Jot, causa, para él, de males y trastornos, toda vez que Muley-Tarek, Cadí que era por aquel entonces de Valencia, proscribió la naciente canción, imponiendo fuertes multas á los que osaran cantarla y repetirla.

¿Por qué esta persecución y este odio de Muley-Tarek á la canción de Aben-Jot?

¿Perseguía el Cadí valenciano la música de aquel, hoy canto popular, ó fué más bien su primitiva letra la causa de esta persecución y de la ira y rigores del Cadí?

Paréceme que debió ser lo segundo; pero de todos modos, y bien fuera por causa de su letra, bien por la música en sí, ello es que, si no mienten las crónicas, Muley-Tarek, no solamente prohibió la canción, sino que además impuso fuertes multas á cuantos la cantaran, desterrando, por último, á su autor, el cual, proscrito y perseguido con encono, tuvo que huir refugiándose en la antigua Bílbilis, ó sea en la patria del gran satírico Marcial, llamada Kalat-Ayud (Castillo de Ayud) por los árabes, y Calatayud simplemente en nuestros dias.

Si fuera mi ánimo escribir un cuento, si pretendiera inventar peripecias en vez de relatar sucesos, tal vez presentaría el destierro de Aben-Jot como efecto de una terrible conspiración política en la cual su armoniosa canción representaría el mismo papel que representó la de Rouget de l'Isle en la revolución francesa; pero mi intención es únicamente consignar lo que la tradición consigna, sin entrometerme en las causas que tal hecho produjeron; consigno tan sólo que Aben-Jot se refugió en Calatayud, porque ésto basta á mi intento.

En Calatayud, pues, en ese pueblo franco y hospitalario, cuyos hijos se han distinguido siempre por su carácter, al par que sencillo y bondadoso, altivo y siempre arrogante, fué donde el proscrito músico valenciano lanzó de nuevo al viento las notas de su canción, si bien temiendo las primeras veces que ésta le acarreara las mismas persecuciones que en su patria.

Afortunadamente para Aben-Jot no fué así, ni mucho menos, y lo que en Valencia le proporcionó disgustos, le valió en Aragón plácemes y congratulaciones.

Los aragoneses necesitaban sintetizar en un canto su carácter viril y su especial modo de ser, y como el de Aben-Jot revela fuerza y vigor, energía y entereza, le acogieron con entusiasmo, y repetido de boca en boca y de pueblo en pueblo llevado, el antiguo reino de Aragón se connaturalizó en breve con él, adoptándole por suyo, y como á suyo mirándole.

III

Hasta aquí la tradición que explica el origen y consigna el nombre del autor de la Jota, la cual, si en un principio no, por lo menos durante muchos años, fué conocida con el nombre de *El canario*.

Así, por lo menos, aparece de los siguientes renglones, tomados de la vida de Pedro Sabuto, el cual, refiriéndose á los árables y haciendo la descripción de una de sus principales fiestas, dice:

«Tocaron después y entre otras cosas, *El canario*, canción que entonces se usaba mucho, y bailaron *El gitano* que comenzaba á estar en boga, cuya canción y baile, de variedad en variedad, y de nombre en nombre, han venido á ser y á llamarse en nuestro tiempo la *Jota* y el *Fandango*.»

La Jota aragonesa, pues, como casi todas las canciones populares de nues-

tra patria, tiene su origen en los árabes, los cuales, en ella, prescindieron de ese carácter triste y melancólico que predomina en la generalidad de los cantos que de ellos tenemos y conservamos.

La Jota aragonesa, más viril y alegre, más arrogante y altiva que el resto de las canciones populares que los árabes nos legaron, tiene algo de la alegre arrogancia y de la bondadosa fortaleza del buen pueblo aragonés, adorador de la Virgen del Pilar (La Pilarica) y entusiasta de su Jota.

Después de la guerra de la Independencia, y sobre todo, después de la heroica resistencia que Zaragoza, bajo la dirección de Palafox, opuso á Soult, el mejor de los generales de Napoleón I, la Jota no solamente es un canto popular, sino un lábaro glorioso, pues con ella por enseña lucharon y vencieron nuestros padres.

«La Virgen del Pilar dice
Que no quiere ser francesa,
Que quiere ser capitana
De la gente aragonesa.»

Cantaban los que con el tio Jorge, el del arrabal, al frente, hacían con los heridos muralla para defender el Baluarte de Santa Engracia; mientras que los pueblos de la ribera del Ebro, viendo al ejército francés avanzar hacia Zaragoza, corrían á defenderla cantando:

«Adiós, puente de Tudela,
Por debajo pasa el Ebro,
Por encima los franceses
Que van al degolladero.»

Y estas y otras coplas que los aragoneses cantaban, eran, si para ellos canto de esperanza y de independencia, gritos de amenaza y de muerte para los hijos de Francia.

La Jota aragonesa, pues, árabe por su autor y valenciana por el pueblo de su nacimiento, es, á pesar de ésto, aragonesa, y esencialmente aragonesa, como es esencialmente español el descubridor del Nuevo Mundo, por más que Cristóbal Colón naciera en suelo italiano.

Génova, en efecto, es la patria de Colón, pero el descubridor del Nuevo Mundo nació en Palos de Moguer, pues en Palos de Moguer y no en Génova, fué de donde el atrevido navegante partió para la vida de la inmortalidad y de la historia.

La Jota, por iguales razones, es no ya árabe ni valenciana, sino aragonesa de pura sangre, puesto que al oirla, se oyen los cañonazos y revive brillante esa magnífica página de gloria que inmortaliza el nombre de Palafox, recordando el indomable valor de Zaragoza.

Mariano Vallejo.

LAS ROSAS EN LA ANTIGÜEDAD.

En Roma la rosa brillaba en las fiestas públicas y privadas. Se coronaban con rosas las estatuas de los dioses y de los héroes, y en las solemnes funciones religiosas.

Algunos emperadores, y Heliogábalo entre ellos, hicieron cubrir con rosas las salas de sus palacios, y según noticias, Cicerón reprobó á Verres por haber recorrido la Sicilia sentado en una litera cubierta de rosas.

En Baies, cuando se daban fiestas en el agua, todo el lago Lucrín parecía cubierto de rosas. En una de esas fiestas dadas por Nerón, los gastos originados por las rosas solamente ascendieron, según Suetonio, á cuatro millones de sextercios (ochenta millones de pesos en oro).

El uso de rodearse la cabeza y aun el pecho con coronas ó guirnaldas de rosas en diferentes circunstancias, y particularmente al fin de un banquete, es bien conocido por las odas de Horacio. En Roma se pretendia que una corona de rosas refrescaba la cabeza y preservaba de la embriaguez.

Los romanos acabaron por cubrir con una capa de flores los lechos que servían de silla, y las mesas en que los convidados se sentaban para comer. A menudo, en los festines ofrecidos por los ricos, no era raro ver una lluvia de pétalos de rosa caer del centro de la sala durante el tiempo que duraba la comida, y al mismo tiempo bebían sus famosos vinos de Palermo, teniendo la costumbre de arrojar en su copa pétalos de rosas.

¿Cuáles eran las especies de rosales cultivados? Eso se ignora, y sólo puede hacerse una clasificación teniendo en cuenta los nombres latinos. Sin embargo, se puede esperar también, y ésto será bien cierto, si se continúan las pesquisas en las ruinas de Pompeya, Herculano y Tebas, estas tres ciudades enterradas vivas, porque en muchas casas de Pompeya se han hallado en los muros de los patios flores admirablemente pintadas y fáciles de reconocer. Se supone que sus propietarios, no teniendo jardines, habían recurrido á la pintura para crearse jardines en perspectiva.

Plinio nos ha dejado los nombres de algunas especies de rosas; pero es muy difícil compararlas con las que conocemos hoy, y ésto no pasa de ser una conjetura visto que no hay descripción botánica, y no se puede decir que la rosa de Trieste, la de Campaina y la de Mileto, que eran las más buscadas en su tiempo, podrían tener gran valor. La primera, la rosa *Biferique*, que florecía muchas veces al año, traida de Egipto. La rosa de Alejandría, nombre dado á esta rosa en el siglo XV; la segunda, la rosa de cien hojas, que se encuentra en la más remota antigüedad; la tercera, la rosa de Jericó.

La rosa de Preneste no está descrita por el naturalista cubano, pero es probablemente de la que habla Virgilio en sus *Geórgicas* (biferique rosaica præsk), rosa prolífica de Alejandría.

La rosa de Jericó es tal vez la que Plinio designa más claramente, diciendo que no tiene más de doce pétalos (semidoble); es de un rojo subido.

Cita igualmente la rosa de Cartagena, que florecía en invierno, y es de la clase de las rosas mosquetas.

Plinio nos ha dejado algunos pormenores acerca del cultivo del rosal, y cita el rosal de los perros (rosa canina), así nombrado por las fuertes espinas, y del que los modernos han conservado el nombre, y que viene á ser una rosa silvestre de flores sencillas que se encuentra en las selvas de Europa. Esta variedad de rosas, según Plinio, tenía la propiedad maravillosa de curar la rabia; de aquí viene su nombre de *rosa canina*.

Jules Lachaume.

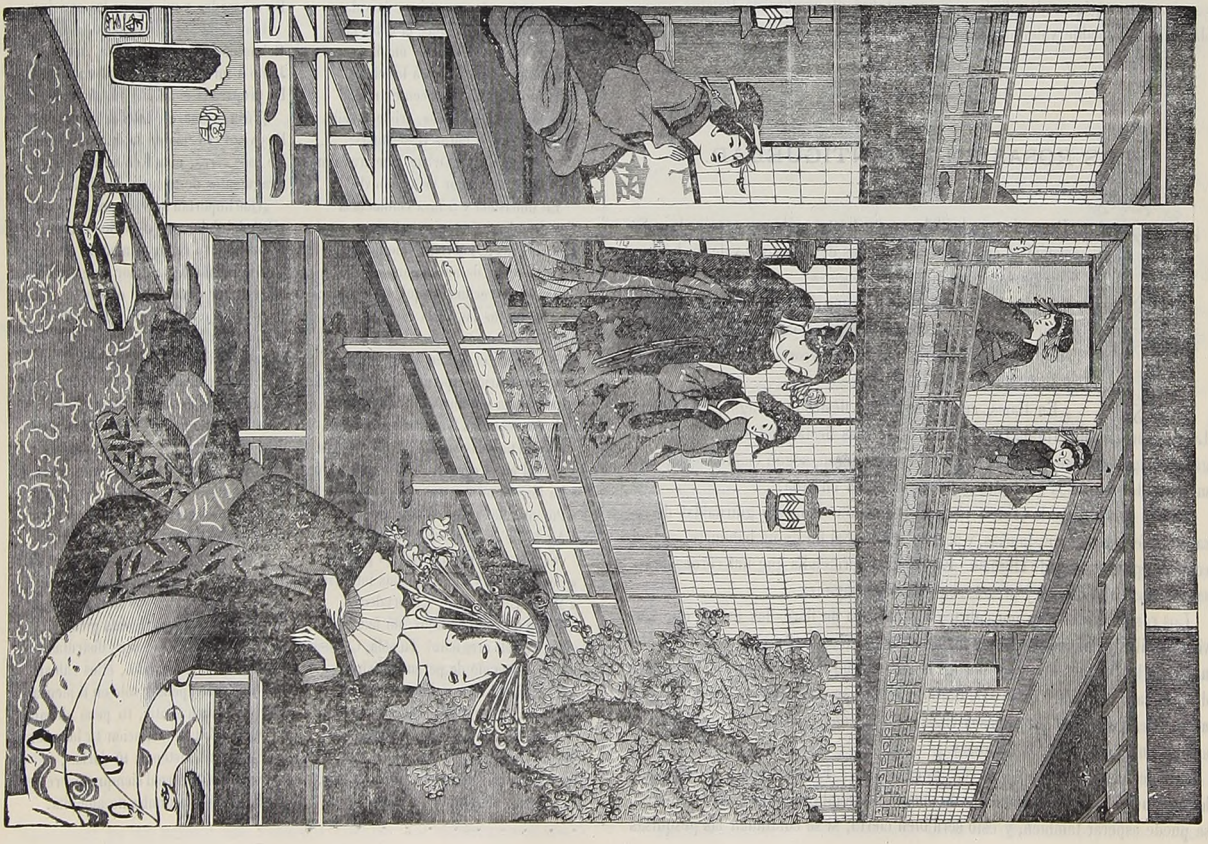
A MI QUERIDA AMIGA

SEÑORA DOÑA VICENTA LAPARRA DE LA CERDA.

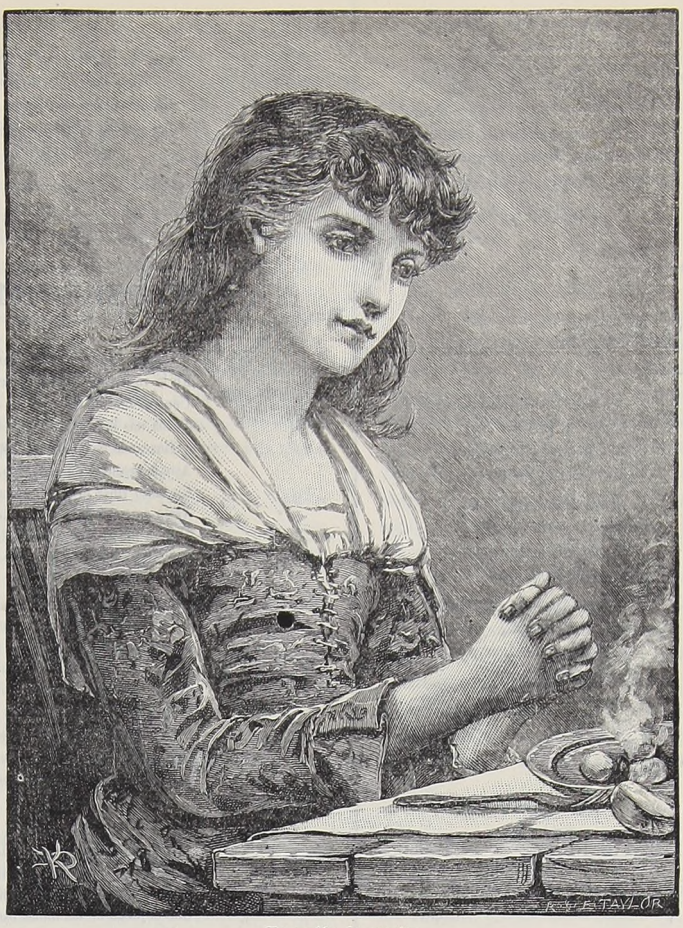
CONFIDENCIA.

Era una tarde, amiga, ¿lo recuerdas?
La suave luz de agonizante dia
Luchaba con las sombras de la noche,
Como luchan la muerte con la vida.
Lánguidamente sobre el débil tallo
Las flores soñolientas se mecían,
Enviando sus perfumes á los cielos,
Cual la plegaria de inocentes niñas.
Solemne, majestuoso, triste y bello
Es el dia en sus horas vespertinas;
¡Y esa tarde aun más triste, nuestras almas
Un drama aterrador las conmovía!
En dulcísima y franca confidencia
Tus grandes infortunios referías;
Por el incierto porvenir temblando,
Sin esperanza de encontrar la dicha.
Tu frente reclinada aquí en mi seno:
Una á una tus lágrimas caían,
Y, trémula tu voz, mas resignada,
«No conozco el placer, me repetías,
«Un calvario perpetuo es mi existencia.
«La fortuna me huyó. Mi fantasía
«Me presenta las flores más preciosas,
«Pero al tocarlas yo, vuélvense espinas.
«Hiel en el corazón, llanto en los ojos,
«La flor de mi esperanza ya marchita,
«Por morales y físicos dolores
«Agobiado mi sér, triste mi vida.
«¡Sólo Dios mis recónditos pesares
«Comprende, y mis angustias infinitas,
«Mi espíritu abatido, Él fortalece,
«Y el amor de mis hijos, mi familia.
«¡Tú sola eres feliz! Tú sola, Carmen,
«Has disfrutado de perenne dicha,
«Escepcional tu matrimonio ha sido;
«Dios te conserve así, Dios te bendiga!
Pero no sabes cuántos sacrificios
Me cuesta *ser feliz*. ¡Ay dulce amiga!
En batalla constante siempre, siempre,
Con ajenas pasiones y las mias.
Es un Edén mi hogar; es el santuario
De la paz, del amor, de la alegría,
Es mi mundo mi hogar, y mi fortuna
De mi madre y mi esposo las caricias.
Pero falta *otro amor* puro, sublime,
Colmo de los placeres, falta, amiga...
Junto á mi lecho, con pesar contemplo
La preparada cuna.... ¡Está vacía!
¡Tú eres madre, Vicenta, tú eres madre!
Has visto el Cielo en la infantil sonrisa
De esos séres, mitad de tu existencia,
Fragmentos de tu alma, tu delicia.
¿Qué importan los embates de la suerte?
¿Qué del dolor su quemador estigma?
Si bulle en tu redor la amante prole
Que al brindarte su amor pide caricias.
Si al ver el ceño del destino fiero
Bajas los ojos y la frente inclinas,
Encuentras la mirada de tus hijos,
Fuente de inspiración y poesía.
Y al estrecharlos en tu amante seno
É inundando de besos sus mejillas,
Sientes en tí el orgullo de ser madre,
Y tus angustias y dolor olvidas.
¡Con cuánto acierto de su voz traduces
Las frases que en su afecto te prodigan,
Cuando pretenden por la vez primera
Decirte con ternura: «¡Madre mia!»
Dichoso hogar el que poblado se halla
De esas flores con alma, bendecidas,
Que bulliciosas cual las aves cantan,
Cual inquietadas mariposas giran.
De esos sublimes goces disfrutaste
Cuando en la cuna, aún, ellos cabían,
Hoy que saben pensar sólo en tí piensan:
Hoy que saben sentir, tu pena alivian.
¡Con cuánta abnegación tú los adoras!
Por ellos la existencia tú darías;
Que el amor maternal siempre en creciente
Es llama que la tumba no aniquila.

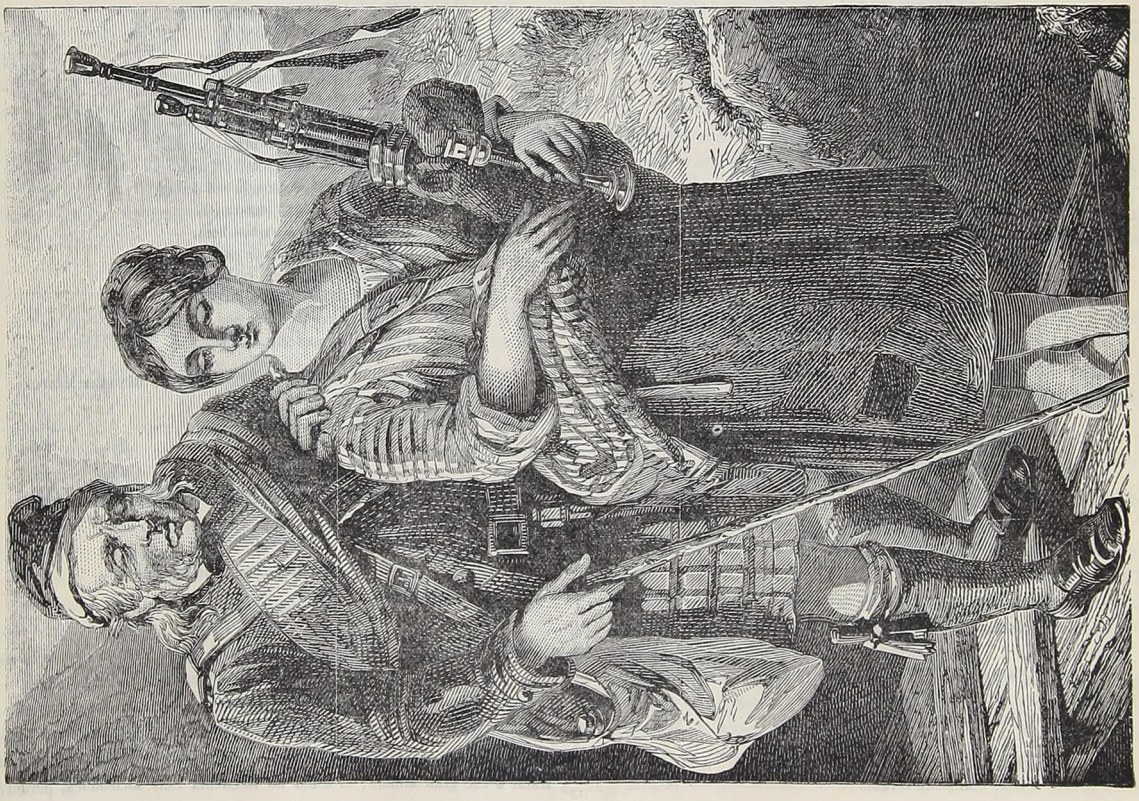
Dia de Campo en el Oriente



Casa japonesa



En acción de gracias



Virtud filial

¡Delicada misión, pero tan bella
Para que Dios á la mujer destina!
Ella modela el corazón del hombre,
Y enseñándola á orar al bien le guía.
Ella, con dulce voz, la faz serena,
De la virtud las excelencias pinta,
Y de los vicios la fealdad describe
Con la severa faz de una Sibila.

Graba en su corazón el sentimiento
De Jesucristo la moral divina,
Y en su cerebro, del deber las leyes
Con heroico ejemplo, deja escritas.
¡Magnífica misión! ¡Oh noble obrera!
¡Reina á la vez que el corazón domina....!
Tú eres madre, Vicenta, tú eres madre,
¡Quieres, responde, para tí más dicha?

Guatemala. CARMEN P. DE SILVA.

CANTARES.

Azules eran sus ojos
De un color como de cielo:
¡Qué diferentes de su alma
Que ha de ser color de infierno!

La boquita de mi niña
Nido de perlas parece;
En cambio, su corazón
Debe ser nido de sierpes!

El cariño que te tuve
Con qué traiciones pagaste!
Más cuídate del castigo,
Que ha de llegar, aunque tarde!

Lo que el hombre no perdona
Tampoco lo absuelve Dios:
Dudo, pues, que te perdone
Tu doblez y tu traición.

A través de tus pupilas
Llegué á ver tu corazón:
Tan hondo es y tan oscuro
Que me llenó de pavor!

Si engañaste á quien te amaba
Como te adoraba yo,
Ya pagarás con el tiempo
Tu falta de compasión!

México, Mayo de 1887. JOSÉ F. MORENO.

REMEMBER ME.

I

Ves?.... Ya muere la luz del claro dia;
La noche viene en pos:
Así mañana morirá, bien mio,
La dicha de los dos!
En vano han sido mis amantes ruegos,
Y á pesar de mi amor,
Mañana habrás partido, y solo y triste
Me encontrará el dolor.

II

Ay! Yo quisiera detener el vuelo
Del tiempo que se va,
Y decirle á la aurora que no venga
Nuestra dicha á turbar;
Al ave que no cante, al arroyuelo
Que no corra ya más,
Y juntarte á mi pecho, y de mis brazos
No arrancarte jamás.

III

¿No ves cómo la luna se levanta
En el espacio azul,
Triste como la antorcha solitaria
Que alumbra un ataúd?.....
Ayer risueña iluminó tu frente
Con su radiante luz,
Y hoy está triste como está mi alma
Porque te alejas tú!

IV

No han llorado una lágrima mis ojos
Desque sé que te vas;
Mas cuando llegue la hora de perderte
Y no te mire más;
Cuando diga tu nombre y no respondas
Al eco de mi voz,
¿Qué hará dentro del pecho dolorido
Mi pobre corazón?

V

Cuando suspires por el bien perdido
Lejos, lejos de aquí;
Cuando lleven los vientos á tu oído
Las hondas quejas de mi pecho herido,
Acuérdate de mí!

México, Mayo de 1887. MANUEL E. RINCÓN.

¿PRESENTIMIENTO?

Cuando me cerca la nocturna sombra
En la vigilia de ignoradas penas,
Una voz que me llama y no me nombra
Turba mis horas de silencio llenas.
Buscando en medio al despoblado viento
Asir la realidad en el arcano,
En tanto vibra el misterioso acento,
Agito en torno la convulsa mano.
Besa mi rostro, que la fiebre inflama,
Con tibio soplo regalado aliento,
Y el corazón, que la quietud reclama,
Redobla el golpe del latir violento.
Siento posarse en mi abrasada frente
La blanda felpa de aromado rizo,
Y en vano fijo la mirada ardiente,
Y el seno de las sombras profundizo.
De pronto tiembla el labio convulsivo
De impresión inefable al grato exceso,
Que huyendo el ansia en que durmió cautivo,
En la muda tiniebla estalla un beso.

***

No eres delirio de la mente mia,
Quimera que la aurora desvanece,
Tú retas orgullosa al claro dia
Que el juego de las nubes oscurece.
He visto tu sonrisa en la alborada,
Tu llanto en la corola de las flores,
La pura tinta de tu faz, copiada
De la cuna del sol en los primores.
Tiene el invierno tu ideal tristeza,
Primavera tu cándida alegría,
El patrio cielo tu oriental belleza,
Tu casta sencillez la poesía.
Fingen tus rizos las marinas ondas
Que dora el sol con rayo adormecido,
Y del plumón entre las níveas blondas
Vibra tu acento en el amor del nido.
Árabe errante á quien la sed devora,
Fija tengo la vista en lontananza,
Y camino sin paz, hora tras hora,
Por verme en un oásis de esperanza.
¿Qué tardas? Llega, realidad esquiva:
Ya anuncia tu venida el alboreo;
Rompe el cerco de luz en que cautiva
Te guarda el porvenir á mi deseo.

Caracas. EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA.

VICTORINA Ó HEROÍSMO DEL CORAZÓN.

NOVELA ORIGINAL

de Concepción Gimeno de Flaquer

(Continuación.)

—Precisamente yo quería hacerle á usted comprender lo que es la sociedad. Al enaltecerla, la adulaba. Esa sociedad rastrera no le agradaría á usted ni sus puros sentimientos podrían transigir con ciertas leyes que ella impone. Créame, París es un gran infierno; Madrid un infierno más pequeño, y el gran mundo es cieno cubierto de tisú. Si Mario se mejora está obligado á tratar á ese gran mundo; si usted no frecuenta esas sociedades, perderá lo

mismo, porque de todos modos Mario irá á los brazos de usted con los sentimientos adulterados. Usted debe casarse con un propietario de aquí que le ofrezca un soberbio y suntuoso palacio, y de este modo podrá usted vivir tranquila. Con Mario arrastrará usted una existencia llena de sobresaltos é inquietudes, y mañana que muera no le dejará más que espinas. Él no tiene recursos, la miseria le amenaza por todas partes; todavía es tiempo, renuncie usted á él, déjese ver en los paseos y pronto encontrará un marido con dinero. El contigo pan y cebolla es muy antiguo, ya no se admite en ninguna parte; los modernos, que por más que usted diga, somos más ilustrados, pues el tiempo no pasa en vano, decimos: Contigo jamón, pan y salmón. Una persona figura, supone, hace papel según su posición metálica; por consiguiente, dinero, dinero es lo que se necesita. Vivimos en el siglo de las matemáticas, los hombres son cifras, las cosas números.

—Yo viviré feliz donde Mario resida; si por su carrera literaria tiene que frecuentar la sociedad, yo seré la brújula que le guíe, yo la tabla salvadora cuando se halle próximo á naufragar. Cuento con fuerzas para todo; las más horribles pruebas no me asustan, no me impone lo más aterrador; una voz secreta me dice adelante, y mi amor me da valor para todo.

¡Casarme con otro! Si usted fuera guasón hubiera creído que se burlaba, mas le dispenso porque indudablemente no ha amado nunca cuando tan poco conoce el amor. Mi amor es muy intenso, mi amor resistirá todas las tempestades; nada lo debilitará.

—Ese alarde de fuerzas la matará á usted; su débil naturaleza no podrá resistir tanto dolor.

—¿Qué importa que yo muera si se salva él? Si yo voy al cielo, como espero, rogaré al Todopoderoso que me siga mi madre, y desde allí las dos juntas velaremos por él.

¡Su salud, su salud moral y física anhelo yo!

Que es pobre, eso no importa nada; yo le haré activo y trabajará.

¿Para qué quiere su inteligencia?

Sí, trabajará; yo le haré dulce el trabajo.

Nosotros no necesitamos gruesas sumas para vivir.

El amor no necesita mucho para construirse un nido.

¿Qué nos faltará viviendo la vida del amor?

Yo continuaré cosiendo para las camiserías, yo no quiero abandonar mi ocupación; yo quiero unirme á él para no separarme jamás.

—¿Tan irrevocable es su resolución?

—Irrevocable es, usted lo ha dicho. Hija mía, tú harás lo que Dios tenga decretado. No te reveles nunca contra la voluntad del Supremo Hacedor.

—Madre mía, Dios me dice que no deje á Mario por su enfermedad ó su pobreza.

—¿Y si él no te quisiera á tí?

—¡Usted delira, madre! Olvidarme él; no, no puede ser, yo he sido su primer amor, él se ha distraido con varias mujeres y á todas las ha abandonado por mí. Llevamos ocho años de relaciones, sí, ocho años de constancia; este sentimiento está muy arraigado en él y no puede entibiarse. Ustedes quieren volverme loca; ¿qué intentan ustedes?

—Hija mia, vuelve en tí, no me desesperes; tú sabes que sólo anhelo la ventura para tí. Mas yo debo prepararte á todo, y no es de buenas cristianas la falta de resignación. Dios hará de tí lo que á su voluntad convenga.

—Dios no será sordo á mis fervientes votos; Dios me escuchará. Él sabe que en la tierra tu amor y el de Mario me pueden hacer feliz, estos dos nada más. Ofrezco hábito por toda la vida si me uno á Mario.

¡Observa qué afición tengo á las galas y vanidades mundanas!

Sí, hábito de la Virgen de los Dolores vestiré eternamente, pues me enterrarán con este hábito.

—Cálmate, hija mia.

—Si estoy más tranquila que usted, mamá.

—Señoras, siento dejar á ustedes, pero ya es hora de comer, y en la fonda no esperan.

—¿Vendrá usted á la noche, vizconde?

—No puedo venir, Candidita; he encontrado á un amigo en la fonda, y quiere llevarme al Casino. Lo siento.

—Nosotras también—dijo doña María.

—¿Olvidará usted mi encargo?

—De ninguna manera, yo estoy casi tan interesado como usted por su salud, querida Cándida.

Mañana mismo, antes de venir aquí, dejaré depositada en el buzón la carta para mi amigo.

—Por lo que más quiera usted en el mundo no deje de hacerlo.

—Le aseguro que lo haré.

Señoras, descansen ustedes de sus labores; no consienta usted, doña María, que su hija trabaje con tal asiduidad, y procuren tranquilizarse.

—Gracias, vizconde.

—Hasta mañana.

—Que usted descanse.

—Hagan ustedes lo mismo.

—Mil gracias.

—Adiós.

¡Qué chasco me he llevado!—decía el vizconde encaminándose á la fonda. —No ha caido en la red tendida á la vanidad femenil. No he visto niña como esa. Su amor parece inverosímil. Trabajo nos dará. ¿Y quién la desengaña? Yo no soy capaz. Me ha dejado confundido su fuerza de carácter: lo que es tratándose de Mario, no le falta contestación que dar. Cuando una mujer se enamora tan fuertemente, ó se vuelve tonta, ó adquiere un talento que no tenía. A Cándida le ha sucedido lo segundo. ¿Qué hacer en este trance? No sé. Apuradillo es el caso; en fin, ello dirá; en la otra entrevista le doy un segundo ataque, y veremos. Galantearla, veo que es completamente inútil; no conseguiría más que ponerme en ridículo y hacer que me aborreciera. No, no; hay que buscar otros medios.

El vizconde comió en la fonda de Europa, encontró á su amigo Pedro, capitán del ejército, y marchó con él al Casino, donde se reunen los ricachones del país y la generalidad de los viajeros. Allí pasó la noche, y como necesitó dormir al siguiente dia, no pudo ir á la casa del barrio del Albaicín.

Ocupado en sus excursiones artísticas, dejó pasar dos dias sin ver á la familia de Santafé.

Al siguiente, que amaneció un dia estival y esplendoroso, el vizconde alquiló un carruaje de cuatro asientos, y se hizo conducir á casa de sus tristes amigas.

—¡Cómo nos olvida usted!—decían éstas saludándole afectuosamente;—es que no quiere usted nada con los que sufren. Verdaderamente que nuestra compañía le debe aburrir.

—Nada de eso, señoras; deben ustedes comprender que como mi objeto es ver Granada, necesito algún tiempo que siento negar á ustedes. Ayer pasé el dia en una deliciosa quinta que se halla en las afueras de la población; me llevó un capitán amigo mio, que es primo del amo de la quinta, y me obsequiaron cual ustedes no se pueden imaginar.

—¡Cuánto nos alegramos!—dijeron ambas mujeres.

—Señoras, el dia está muy hermoso, y he venido con la intención de pasear con ustedes.

—¡Ay, vizconde! Mi hija está muy débil, apenas podrá andar.

—Todo está previsto; en la puerta nos espera un carruaje.

—Dispense usted; no estamos preparadas.

—Como ustedes se encuentran, están bien vestidas; nadie nos verá.

—Otro dia, si usted quiere.

—Nada, lo que ustedes desean es esquivarse, y me ofenderé si no quieren pasear conmigo. Será un desaire que mi amigo Mario sentiría muchísimo si lo supiera.

—Si tanto empeño tiene usted, iremos.

Doña María llamó á Marta, y ésta sacó del ropero los abrigos y mantillas que se prendieron ante el vizconde sobre los trajes que llevaban.

—¿Qué dirección quiere usted que llevemos?—preguntó Alberto á doña María, ofreciéndole el brazo para bajar los pocos escalones que les separaba de la calle.

—La que usted guste, á nosotras nos es indiferente.

—En ese caso, podemos seguir la carrera del Darro.

—Me parece bien: ese paseo es de corta extensión, pero su amenidad es grandísima; se respiran auras puras y perfumadas.

Dieron las órdenes necesarias y se encaminaron hacia el punto que deseaban. Este paseo principia al final de la calle del Darro, camino del Sacro-Monte. Suele estar siempre muy concurrido por las personas débiles de salud, porque sus aires aromáticos, recargados con los efluvios de una vegetación pura y lozana, comunican á la sangre cualidades vitales.

Llegaron á la fuente del Avellano, á esa fuente que Chateaubriand quiso inmortalizar cual Petrarca á la de Vaucluse. Nada más encantador que este paraje; desde la esplanada construida á su inmediación, se ofrece á la vista un valle risueño, una serie no interrumpida de bellos cármenes, casas de recreo y espesos bosques de avellanos. La colegiata del Sacro-Monte descuella al

frente cual gótica abadía. Hasta las pendientes de los cerros son fertilizadas por las filtraciones de las acequias que sus cumbres llevan, y apenas se divisa el suelo sin álamos corpulentos, frutales, fresca yerba y flores permanentes.

Tanta frondosidad despierta sensaciones poéticas, creyéndose la imaginación trasportada á un rincón de aquel jardín hermoso que el Génesis nos pinta como obra maravillosa de Dios para servir de encantador asilo á nuestro padre Adán.

El gran cardenal Cisneros, consumido por trabajos asíduos, prolongó su vida en los alegres cármenes del Darro.

—¡Qué dia tan hermoso!—exclamó Cándida, notablemente conmovida.—¡Sólo falta á mi ventura la presencia de Mario!

—¡Pobre amigo mio!

—Supongo habrá usted escrito la carta que me prometió.

—Sí, hoy la recibirá mi amigo, y averiguará el estado de nuestro amado enfermo. Espero la contestación á vuelta de correo.

Bajaron del carruaje, y las dos mujeres se sentaron cerca de la fuente, mientras el vizconde leía las inscripciones que hay sobre ella.

Una joven, al parecer extranjera, paseaba apoyada en el brazo de un hombre de edad provecta.

La extranjera vestía un rico traje de terciopelo negro adornado con encaje Chantilly.

Alberto se aproximó á Cándida para hacerle notar el precioso sombrero de la extranjera.

—¡Cándida, observe usted qué sombrero tan encantador! Ese *sprit*, unido á la pluma azul, es de mucho gusto. ¡Qué preciosa estaría una mujer cual usted con esas vistosas galas!

¡Ah! la mano que sale entre las blondas de una manga de terciopelo negro, parece de armiño y es más encantadora que la que asoma entre mangas de percal.

¡Todos estos trajes podría usted conseguir si quisiera!

Un dia, enseñando Mario el retrato de usted á un francés millonario que vemos diariamente en el café y con el cual hemos simpatizado bastante, me dijo radiante de entusiasmo: «Si esa mujer no fuera la prometida de nuestro querido poeta, iría á poner á sus plantas mis palacios, mis carruajes y millones. ¡Es una mujer bellísima! ¡Lástima vista de una manera tan humilde!»

—Yo agradezco los elogios á mi escasa belleza, y rechazo todo lo demás. Y agradezco los elogios, no porque me gusta la adulación, sino porque al encontrarme bella ese caballero, como estoy segura de que no lo soy, me parece deber esa opinión á su benévola mirada.

—Es usted muy modesta.

—Mi hija se conoce, vizconde; su única hermosura es su gran corazón, su inconmensurable corazón.

—Señora, Cándida es un ángel de hermosura y de bondad.

—¡Quiera el cielo que el hombre á quien ella ama, sepa apreciar sus hermosas cualidades!

—¡Dios le dé salud á mi adorado Mario! ¡Entre mi ventura y la suya, prefiero ésta sin vacilar!

La tarde refrescaba, y á Cándida se le tornaba cárdeno el fino sonrosado de la epidermis.

—¿Tiene usted frio?

—Un poquito, vizconde; pero si usted quiere detenerse, yo haré cuanto pueda por soportarlo.

—De ningún modo, hoy no tengo más voluntad que la de ustedes.

—Si á usted no le desagrada, podremos marchar; mi hija no se siente bien.

—Nada, nada, al coche.

—Sentiría contrariar al vizconde.

—De ningún modo.

—¡Cuán amable es usted!

Pronto llegaron al barrio del Albaicín: el coche rodaba con velocidad.

Cándida necesitó para subir la escalera el apoyo del vizconde, pues se hallaba bastante mareada.

La colocaron en un desvencijado sofá, se reclinó en un almohadón, y muy en breve se repuso.

—¿Está usted mejor, Candidita?

—Estoy completamente bien; fué un vahído muy ligero, no se alarmen ustedes.

—Ya que este mal ha desaparecido, me permitirán ustedes retirarme.

(Continuará.)

EXPLICACIÓN DE LAS ILUSTRACIONES.

Austria.—Interior de la Catedral de Spalatro.—La ciudad de Spalatro, que hoy pertenece al Imperio Austriaco, y que ha pertenecido á Venecia y á Francia, posee este magnífico monumento, uno de los más notables que conserva el Cristianismo y que fué dedicado á Júpiter, según unos, y á Diana, según otros, en tiempo de Diocleciano. En el año 650, el ilustre Juan de Rávena, primer arzobispo de Spalatro, lo consagró dedicándolo al culto católico para que resonara allí la palabra de nuestro Redentor, donde tantas veces se había sacrificado á los cristianos. En el orden arquitectónico ocupa en mérito el segundo lugar después del Panteón: todo el interior está rodeado de columnas corintias y monolitos de granito oriental que se elevan hasta 21 pies. Este monumento es grandioso á la par que sencillo, siendo todo él muy parco en detalles de ornato.

Dia de campo en el Oriente.—En los países orientales, como no hay para la mujer vida social, necesita crearse todo género de distracciones campestres y domésticas; así es, que mientras los hombres se ocupan en comprar y vender sus mercancías, forman reuniones íntimas con sus parientas más cercanas, y estas reuniones generalmente son bajo las arboledas, dando preferencia al columpio, porque así lo exige el excesivo calor de esos países.

Casa japonesa.—Las costumbres del Japón, no hace muchos años eran completamente desconocidas, pues los japoneses, celosos de ellas, no daban hospitalidad á los extranjeros para que no las divulgaran, hoy se han hecho más sociales y hasta aceptan la moderna civilización, empezando á copiar las instituciones de Norte-América. El Mikado ó Emperador, ha invitado á muchos sabios europeos y americanos á establecerse en el Japón para reformar la enseñanza y la administración públicas. En la actualidad, el Imperio Japonés es la nación más progresista de Oriente; sus costumbres son curiosas y extrañas. Nuestro grabado nos muestra la construcción y el aspecto interior de una casa japonesa. Sus casas de habitación todas se construyen de madera de uno ó dos pisos. La altura de los pisos no pasa regularmente de dos y media á tres varas. Las piezas tienen muchas vidrieras y se dividen por tablas corredizas, de tal modo que fácilmente puede cambiarse la distribución de las habitaciones. Son muy afectos los japoneses á las plantas, y cada domicilio tiene su jardín. Sus adornos artísticos son muchas veces de un gusto exquisito.

Virtud filial.—La virtud filial ha producido grandes abnegaciones en todas épocas. Esta virtud nos presenta en la antigüedad á Antígone, hija de Edipo y de Yocasta, acompañando á su padre ciego, sirviéndole de guía y endulzando todas sus amarguras; y recientemente en la Revolución francesa á la famosa Mlle. de Sombreuil, célebre por haber libertado á su padre de la matanza de Setiembre de 1792, siendo ella condenada por el tribunal revolucionario. La bella joven que hoy aparece en nuestro grabado sacrifica su juventud á su desgraciado padre, y sirviéndole de guía va mendigando con él.

En acción de gracias.—La plegaria es el consuelo de las almas tiernas; el espíritu afligido por el sufrimiento ó gratamente impresionado por la alegría, alza su vuelo hacia el Omnipotente, sea para pedir amparo, sea para dar gracias en los momentos de prosperidad. La joven de nuestro grabado parece haber recibido algún dón del cielo, pues se halla en actitud de dar gracias al Creador.

OBRAS EN VENTA DE CONCEPCION GIMENO DE FLAQUER.

MADRES DE HOMBRES CELEBRES.—Tercera edición. Un elegante volumen con 8 láminas....$ 1 50

SUPLICIO DE UNA COQUETA.—Un volumen lujosamente impreso de más de 300 páginas.....$ 1 00

Se venden en la Administración de este periódico. A los agentes, desde diez ejemplares, se hace el descuento de 25 por 100.

Registrado como artículo de segunda clase.